

materias mas provechosas los jóvenes que aspiran á un título. Por esto hoy mas que nunca debe hacerse oír la voz de nuestra religion sacrosanta para combatir con iguales armas los errores que bajo distintas formas y con distintos colores minan sus mas profundos cimientos.

Convencidos de que á muchos de los que quieren y deben entrar en el camino de la predicacion se les dificulta el adquirir las obras necesarias para instruirse en la verdadera enseñanza por lo costosas que son, hemos resuelto publicar este *Sermonario Mexicano* en el que hallarán á poca costa cuanto necesitan para atesorar conocimientos que podrán trasmitir sin esfuerzo á aquellos á quienes deben explicar la palabra de Dios para que no caigan en el caos de errores que les circundan.

No queriendo ceñirnos á las producciones de oradores sagrados que mas han brillado en la diócesis de Puebla, lo que daría á nuestra obra un carácter local, nos dirijimos en busca de su auxilio á los ilustres Prelados que rigen actualmente la Iglesia mexicana para que nos procuren piezas oratorias pronunciadas en sus respectivas diócesis, y algunos de ellos se han dignado ya corresponder á nuestra solicitud mandándonos lo que por de pronto han podido reunir. Contamos por lo tanto con material bastante para comenzar nuestra biblioteca sin interrupcion, y la iniciamos con la serie de sermones relativos á los Misterios de Nuestro señor Jesucristo, campo vasto y siempre nuevo en el que nada han dejado sin demostrar nuestros ilustrados oradores, y que servirá de estudio á los jóvenes sacerdotes que busquen en él el material que con afanoso empeño hemos reunido. De cada materia daremos tres ó cuatro sermones segun sea la importancia de los que hemos coleccionado, considerándolo conveniente.

Los que han sido ya impresos fueron censurados á su tiempo, los que nos remitieron nuestros dignísimos Prelados, trajeron su aprobacion y los que recibimos directamente pasaron á la censura; lo que garantiza la bondad de nuestra obra, que esperamos será bien acogida por la utilidad que prestará y aplaudida por el material que contiene.

EL EDITOR.

SERMON

PREDICADO EN LA IGLESIA DE SEÑORAS RELIGIOSAS

DEL CONVENTO DE LA

ENCARNACION

POR EL DOCTOR

D. Lazaro de la Garza y Ballesteros

Arzobispo de México

el dia 4 de Abril de 1853.

SERM.—TOM. I.—P. 2.

A las señoras religiosas,
del convento de la Encarnacion
DE MÉXICO

SALUD.

Amadas mías:

El sermón que sigue es el que os prediqué en vuestra última fiesta titular. Porque así lo deseasteis fui el orador de ella, y sé y me consta lo que también deseáis: que dé á luz mi discurso. Teneis, pues, un doble motivo para que yo os lo dedique; y si quereis agregar otro mas, bien podeis contar con que lo hay en el verdadero afecto que os profeso. Deseo muy sinceramente vuestro bien espiritual, y si con la lectura del sermón se lograra en vosotras el fin que al escribirlo me propuse, se cumplirán entonces del todo vuestras deseos y los de este vuestro prelado, que en Dios os ama y bendice en su santo nombre.

México, Abril 8 de 1853

Lazaro
ARZOBISPO DE MEXICO.

Ecce ancilla Domini, fiat mihi
secundum verbum tuum.
Lucas cap. I. vers. 38.

1. ° El que nunca hubiere oído esta expresion: *Hé aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra*, naturalmente preguntaria al oírlo por primera vez: ¿Quién es ésta que habla? ¿A quién habla? ¿Qué Señor es este del que la que habla se dice ser esclava? ¿Qué cosa es ésta que debe hacerse, y cuál es la palabra ó modo con que esto que se trata de hacer haya de cumplirse? Estas y otras preguntas haria el que nunca hubiera oído esta expresion, que jamás se dijo igual ni mas en provecho del género humano: *Hé aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra*.

2. ° Pues cualquiera de nosotros, instruidos como estamos por la fe, contestaria desde luego: La que habla y esto dice, es una doncellita mas amable que los primeros asomos de la aurora, mas pura que la luz del sol en la mitad de su carrera, mas hermosa que la luna en la plenitud de sus dias, mas santa y mas agradable al Dios de la santidad, que los espíritus del cielo; y al mismo tiempo mas humilde que una esclava conforme con su suerte. Maria, lo mas amable, lo mas puro, lo mas hermoso, lo mas santo que hay y puede haber despues de Dios, y lo mas humilde que puede hallarse entre las criaturas. Esta es la que habla.

3. ° Si, Maria; este es el nombre de la doncellita que habla, y ella es la que se llama esclava ante un ángel que la ha saludado como Señora, y que de parte del cielo la ha colmado de elogios que jamás se dieron á otra criatu-

ra, y que jamas habrá quien los merezca iguales; su obediencia no pudo ser mas pronta, ni mas profunda su humildad ante el divino acatamiento: *Ecce ancilla Domini.*

4.º Cuanta sea la magestad de Dios, solo él lo conoce plenamente; y si hubiera alguna criatura que lo conociera de una manera igual, la humildad de la criatura que tuviera este conocimiento, seria tan grande cuanto lo es la magestad de Dios. Mas no siendo esto posible, como efectivamente no lo es, de ahí abajo, cuanto cabe, cuanto puede ser que una criatura conozca á su Dios, lo conoció Maria, y en un tal grado y perfeccion, que todas las criaturas juntas no lo conocen ni conocerán al tanto. Por esto su humildad no pudo tener igual entre las criaturas, ni hubo alguna que, como Maria, haya reconocido tan perfectamente el supremo dominio de Dios sobre todo, ni que tan íntimamente haya sentido en sí misma, ni confesado con igual sinceridad su absoluta dependencia del Señor: *Ecce ancilla Domini.*

5.º El Señor se complace en tratar con los humildes porque ellos lo conocen, y no con los soberbios que no se conocen ni á sí mismos; por esto lo que oculta y esconde á los sabios y prudentes del siglo, lo descubre y manifiesta á los pequeñuelos; y tambien por esto el mayor bien que del cielo pudo bajar á la tierra, y la mayor gloria con que la tierra pudo ennoblecer al cielo, fué asunto que solo se trató con Maria, la mas humilde de todas las criaturas. A ella solo se comunicó; ella mas que otro lo comprendió, porque en ella solo habia de cumplirse. *Concebirás en tu seno, la dijo el ángel de parte del cielo, y parirás un hijo, y su nombre llamarás Jesus. Este será grande, y será llamado Hijo del Altísimo, y le dará el Señor Dios el trono de David su padre; y reinará en la casa de Jacob por siempre, y su reino no tendrá fin.*

6.º En la eternidad el Hijo del Altísimo no tuvo sino Padre, porque desde entonces fué, es y será siempre Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero, é Hijo unigénito de solo el Padre; y en el tiempo, cuando determinó hacerse hombre, quiso que su cuerpo santísimo

se formase de la sangre de una vírgen, obrando la virtud del Espíritu Santo, y uniendo él en su persona de un modo tan perfecto la naturaleza humana á la divina, que pudiese decirse con toda verdad, que el mismo Hijo de Dios era ya Hijo del hombre, y que el mismo hijo del hombre era el que desde la eternidad fué y es el Hijo de Dios.

7.º *El Espíritu Santo, decia el ángel á la Vírgen al anunciarle este misterio, vendrá sobre ti, y te hará sombra la virtud del Altísimo; y por esto el Santo que nacerá de tí, será llamado Hijo de Dios,* que es lo mismo que estaba ya predicho muchos siglos atrás: *Hé aquí que una Vírgen, es decir, la que tendria como propio nombre suyo el de Vírgen, la que seria madre sin perder su integridad y la que seria conocida y llamada por excelencia con el glorioso renombre de Vírgen: Hé aquí que la Vírgen, decia Isaías, concebirá y parirá un hijo, que será llamado Emmanuel, ó Dios con nosotros, para que por él pudiera satisfacer el hombre y recobrar la felicidad que perdió en el paraíso, y para que el cielo pudiera recobrar la gloria que tambien en el paraíso le quitó el hombre. Dios solo no podia padecer; el hombre solo no podia pagar; el Hijo de la Vírgen podia hacer uno y otro.*

8.º Estas explicaciones, en sustancia, haria cualquiera de nosotros al que nunca hubiera oído esta expresion de vida: *Hé aquí la esclava del Señor; hágase en mí segun tu palabra;* expresion llena de misterios y llena de esperanzas; de misterios tan altos y sublimes, que ningun entendimiento criado podrá alcanzar; y de esperanzas tan grandes, que ningunas palabras podrán encarecer suficientemente, ni cosa alguna darles fundamentos mas sólidos.

9.º Así es verdad, y por esto cualquiera cosa que yo agregara sobre estas explicaciones, no daria mayor claridad á los misterios, ni mas extension á las esperanzas. Mas bien lo sabeis, señores, no es tanta la capacidad de nuestro entendimiento para comprender, cuanto es la de nuestro corazon para amar. Tal vez hollamos con los piés una yerbecita cuya formacion detiene y embaraza nues-

tra inteligencia al mismo tiempo que nuestro corazón no se llena con todo el mundo, ni aun con todo el cielo, sino con solo Dios. Por lo mismo, venerando los misterios que encierran las palabras de María y sin poner límites á las esperanzas que inspiran, deseo que nuestro amor, que nuestra piedad y devoción para con María, reciban todo el aumento que sus mismas palabras pueden obrar en nosotros; y ved, señores, lo que va á ser el objeto de vuestra atención en este rato. Pidamos el auxilio de la gracia para el acierto. *Ave María.*

Ecce ancilla Domini, Luce cap. I. vers. 38.
Hé aquí la esclava del Señor, &c.

10. ° Decía el apóstol san Pablo, escribiendo á los galatas, que cuando vino el cumplimiento ó plenitud del tiempo, envió Dios á su Hijo, hecho de mujer, sujeto á la ley, para redimir á aquellos que estaban bajo la ley, para que recibiésemos la adopción de hijos, es decir, para que se verificase la promesa hecha al hombre luego después de la culpa, de que de la mujer se formaría el que estando en enemistad perpétua con el demonio, seductor del hombre, lo veneraría y triunfaría de él.

11. ° Hubo pues desde la miserable ruina del hombre, una esperanza cierta de su reparación, y una fé tambien cierta en el Mesías ó Enviado del cielo, que repararía el mundo; mas quitadas esta fé y esperanzas ciertísimas, todo lo demás fué desconocido por muchos siglos. La inmediata procedencia del Salvador del hombre, el lugar de su nacimiento, el tiempo y demás circunstancias de su venida, fueron arcanos impenetrables al hombre, hasta que según corrían y se cumplían los años dispuestos por Dios, se fué manifestando por él mismo lo perteneciente á su Enviado.

12. ° A Abraham se dijo: *En tí serán benditos todos los linajes de la tierra;* que fué decirle, que uno de sus descendientes sería por quien vendría la felicidad y redención prometida al mundo; lo mismo se repitió á Isaac su hijo, y ya desde entonces se supo con certidumbre,

que el Mesías no nacería de otro linaje de la tierra. A Jacob se reveló que sería descendiente de Judá su hijo; y ya por esto se supo tambien que el Mesías no descendería de ninguno de sus otros once hijos: á David se prometió que de su descendencia vendría el Mesías; y por esto quedaron excluidas de tener esta gloria, las demás familias de la tribu de Judá; pero ni á David, ni á Jacob, ni á Isaac, ni al mismo padre de los creyentes Abraham, se reveló el tiempo en que vendría el Salvador.

13. ° Siglos enteros después de David anunciaba Isaías: *Ecce virgo concipiet et pariet;* hé aquí que una virgen concebirá y parirá un hijo, cuyo nombre será Emmanuel. Con otras palabras decía después lo mismo Jeremías: *Creavit Dominus novum super terram;* el Señor ha creado una cosa nueva sobre la tierra, un portento nunca visto, un admirable suceso. Una virgen pura, sin concurso de varón, por obra del Espíritu Santo, rodeará, llevará y abrazará en su seno, al fuerte, al poderoso, al varón prometido: *femina circumdabit virum.* A Daniel se mandó que contase setenta semanas de años desde el día que se le fijó; y se le aseguró que á la mitad de la última de estas semanas sería muerto el Cristo, y sería ungido y consagrado con su muerte el Santo de los Santos. A Miqueas se reveló que nacería en Bethlem. A otros profetas se dió conocimiento de otras circunstancias de la persona del Mesías. Ageo decía: Un poquito de tiempo no más, y vendrá el deseado de las gentes: *adhuc unum modicum est et veniet desideratus cunctis gentibus.* Hé aquí que ya viene, decía el último de los profetas, luego, no dilata: *ecce venit.* Pero como á ninguno de ellos se había revelado el número de los años de la vida mortal de Jesucristo, ni aun al mismo David que fijó el término de su vida, ninguno, en lo absoluto, supo el momento en que se cumpliría la plenitud de los tiempos.

14. ° Todos sabían el instante en que comenzó la ruina del hombre y el en que se le dieron esperanzas del remedio. Mas ninguno supo el momento en que cesó aquella ruina y se cumplieron estas esperanzas: uno y otro

debía verificarse en la plenitud de los tiempos. Dios no quiso obrar en esto por sí mismo; pero si quiso dar y dió virtud y poder á la que escogió para madre, para que por sus palabras se cumpliesen las promesas hechas al hombre al principio del mundo, y para que cesase el tiempo de desgracia que el mismo hombre se acarreó. *Fiat*, hágase. En el instante en que la Santa entre los Santos abrió sus benditos labios y dijo esta palabra, entonces mismo se llenaron los tiempos, cesó la época de desgracia y comenzó una nueva era, un tiempo nuevo y una obra nueva, más noble y más excelente que la creación de los cielos y de la tierra: *fiat*, hágase. Al sonar esta voz cesaron los tiempos del hombre miserable, y comenzaron los días del Hijo del Altísimo sobre la tierra.

15. ° Ved, pues, amados niños, un bien que trajeron al mundo las palabras de Maria. Ni aun el ángel que le anunciaba el misterio, fijó ni pudo fijar, y ni aun supo ni pudo saber, el fin del tiempo de miseria que había comenzado en el paraíso, hasta que oyó á la Virgen de Nazaret pronunciar aquel *fiat*, del que por explicarme así, estaban pendientes el cielo y la tierra, la gloria del Altísimo y la felicidad del hombre.

16. ° Así es verdad; mas no sería acertado que alguno se persuadiese que solo el transcurso de los años obró la plenitud de los tiempos en que vendría el Enviado del cielo. Cierto es que hasta entonces no había de venir; pero debían además obrarse en los siglos de desgracia otras muchas cosas que entrasen también en esta plenitud de tiempos de que habla el Apóstol y que dispusiesen al hombre para que recibiese el bien que se le había prometido.

17. ° El hombre pecó por soberbia; y no fué posible que permaneciendo en ella le aprovechase el remedio. Quiso saberlo todo, y fué preciso que sus errores humillasen su orgullo. Quiso por sí hacerlo todo, y también fué preciso que sus caídas le hiciesen conocer su miseria. Sus errores y caídas fueron tan espantosas en la primera edad del mundo, fué tanta su malicia, que como dice

la Escritura, en todos tiempos eran sus pensamientos inclinados al mal. El diluvio, este fué el medio de librar á la tierra de la corrupcion, con que toda carne manchaba sus caminos.

18. ° ¡Qué ejemplar tan terrible de la justa ira del cielo! ¡Cómo no llamarían la atención sobre sí mismas las ocho únicas personas que se libraron del castigo! No, no podían ignorar cual había sido la causa: la soberbia, el extravío del pensamiento y la corrupcion del corazón. Dios mismo lo dijo así á Noé, y es imposible que éste lo ocultase á sus hijos. También Adán diría á los suyos cuanta era la felicidad de que les privó la culpa; pero ni la memoria del paraíso ni la vista del diluvio corrigieron al hombre. El primer hijo de Adán manchó sus manos en la sangre inocente de su hermano. También Noé tuvo un hijo que hizo de él burla y escarnio, y ambos tuvieron descendientes que extraviaron su entendimiento por mil clases de errores, y que corrompieron su voluntad con toda especie de crímenes. Así es que la soberbia del hombre continuó la misma, y sus errores y caídas las mismas.

19. ° Verdad es que Dios, lleno de misericordia, nunca ocultó su voluntad al hombre, ni el modo con que había de servirle. Para que no errase lo enseñó en el paraíso. Para que no errase enseñó á Noé y á sus hijos al pie del arca que los libró del diluvio. Verdad es que en lo particular hablaba ya á este ya al otro de sus escogidos para que enseñasen á los demás, y que en el Sinaí no fueron á dos como en el paraíso, ni á ocho como luego despues del diluvio, ni á éste ni á aquel, ni á veinte ni á ciento, sino á millares, á un pueblo entero, á una nación numerosa fué á la que allí enseñó y doctrinó para sacarla del error, y para que de ella aprendiesen todos los demás hombres.

20. ° Pero bien lo sabeis, señores; la ley, si bien enseñaba el deber, no daba gracia para cumplirlo. Y sin embargo de que el entendimiento podía caminar sin ries-

gos, atendiendo á la doctrina y enseñanza que habia recibido del cielo, todavia la voluntad quedaba sin los auxilios que en la realidad necesitaba, y que no habia de recibir sino por la fé y la esperanza en Jesucristo. Mas era necesario que la experiencia lo hiciera entender así al hombre, y que sus continuas caídas le hiciesen de alguna manera conocer lo que él era en la realidad á pesar de su soberbia.

21. ° No hablo yo de todos los pueblos de la tierra, cuyos errores y corrupcion eran generales: hablo del pueblo escogido, de la nacion ilustrada maravillosamente en el Sinai, del pueblo de Israel. ¡En cuántas infidelidades no incurrió contra el mismo que lo habia enseñado, en cuánto olvido de sus deberes los mas sagrados, en cuántas ofensas y cuán graves contra el Señor! ¡Ah! si no hubo otro diluvio que lo exterminase, hubo para diez tribus una absoluta dispersion que les quitase para siempre la tierra que poseyeron sus padres; y para las dos tribus restantes, hubo una larga cautividad que las hiciese conocer su miseria.

22. ° Jamás, es verdad, en medio de tanta corrupcion faltaron justos en la tierra. Los hubo antes del diluvio y los hubo despues; los hubo en la ley natural y los hubo en la ley escrita. Pero aun estos sentian en sí mismos la contradiccion violenta que habia entre un entendimiento que les dictaba el bien y entre una voluntad que les inclinaba al mal; gemian y lloraban; se humillaban ante el Altísimo y clamaban por el socorro de la gracia que bien sabian que no habian de recibir sino por la fé y esperanza en Jesucristo.

23. ° Si la corrupcion casi general de los hombres irritaba al cielo y lo provocaba al castigo, las humillaciones y súplicas de los justos detenian su ira, y preparaban el bien prometido. Los pecadores, olvidados aun de sí mismos no daban pasos sino de perdicion y ruina; los justos no olvidaban lo que debian esperar, y ¡con cuán tiernos afectos no expresaban los sentimientos de su corazon hácia el Mesías prometido! Tu nombre y tu memoria, le decian,

son los deseos del alma: *nomen tuum et memorialem tuam in desiderio animæ*: en la noche mi alma te deseó y con mi espíritu en mis entrañas madrugaré á tí: *anima mea desideravit te in nocte; sed et spiritu meo in precordiis meis de mane vigilabo ad te*.

24. ° Otras veces levantaban sus ojos á lo alto y los bajaban llenos de esperanzas. «Cielos, clamaban, enviad rocío de lo alto y las nubes lluevan al justo; ábrase la tierra y brote al Salvador, y la justicia nazca con él. O si rompieras los cielos y bajaras, á tu presencia los montes se derritirian; como quemazon de fuego se deshicieran; en fuego arderian las aguas; tus enemigos conocerian tu nombre; las naciones se turbarian: *utinam dirumperes celos et descenderes, &c.*»

25. ° Estos deseos de los justos, estas humillaciones y súplicas eran las obras que debian hacerse y repetirse en el trascurso de los siglos para que bajase el justo prometido al hombre pecador; y aunque estas humillaciones, deseos y súplicas eran aceptables al Altísimo, eran sin embargo humillaciones, deseos y súplicas de los que alguna vez fueron hijos de ira, de los que alguna vez manchó la culpa. Faltaba todavia que se humillara la inocencia, y que ella tambien desease y pidiese el bien prometido, para que ninguna otra cosa mas pudiese ya esperarse de la tierra capaz de mover al cielo. Si, unados míos, al expresar Maria los sentimientos de su corazon: *Eccc ancilla Domini*, hubo ya en el mundo el mayor acto de humildad que pudo y podrá haber entre las criaturas; y hubo tambien los deseos mas sinceros y ardientes del bien y la mas agradable oracion que presentar al cielo. *Fiat*, hágase. Es verdad que á esta voz de Maria se llenaron los momentos que debian entrar en la plenitud de los tiempos; pero se llenaron tambien con esta palabra los deseos de los justos, y se completaron sus oraciones. *Fiat*, hágase, es un deseo del corazon. *Fiat*, hágase, es tambien una súplica del alma. *Fiat mihi*, es un consentimiento de la voluntad. En el momento en que la Virgen de Nazaret pronunció estas palabras, se verificó en un to-

do la plenitud de los tiempos. Las nubes llovieron al justo, y lo brotó la tierra. El Verbo de Dios se hizo hombre y habitó entre nosotros.

26. ° No es esto solo lo que dicen las palabras de Maria; y para explicar lo que además comprendo en ellas, permitidme, señores, que os hable algo aunque sea del Enviado del cielo, no segun lo que dice de él el Evangelio, sino segun las noticias que de él se tenían antes que vintese al mundo. Todos sabian, porque así lo habian anunciado los Profetas, que naceria rey, príncipe y Señor de cielos y tierra; que seria llamado su nombre, Admirable, Consejero, Dios, Fuerte, Padre del siglo venidero y Príncipe de la paz; que su imperio se extenderia y que su paz no tendria fin; que se sentaria sobre el sόlo de David y sobre su trono, para afianzarlo y consolidarlo en juicio y en justicia desde ahora y para siempre.

27. ° Y como estas y otras perfecciones y cualidades del Mesias eran bien sabidas del pueblo de Israel, antes de anunciar uno de los Profetas lo que por este mismo Mesias pasaria durante su mansion en la tierra, preguntaba lleno de asombro ¿quién creará lo que vamos á contar, ó quién ha creido lo que ha oido de nosotros: *quis credidit auditui nostro?* Porque este mismo Enviado del cielo, este mismo Dios fuerte y admirable, este mismo Rey y Señor de cielos y tierra, "hemos visto que se nos presentará como un pequeño renuevo, ó bien como raíz en tierra sedienta; no hay en el buen parecer ni hermosura; lo vimos y no era de mirarse; no hay en él cosa que llame la atencion ni que lo dé á conocer; despreciado, el postrero de los hombres, varon de dolores, y sabedor de trabajos; como escondido su rostro y tal cual el de un leproso, humillado y herido de Dios; como oveja que es llevada al matadero, ó como cordero delante del que lo trasquila, enmudecerá y no abrirá su boca; desde la angustia y desde el juicio fué levantado en lo alto y castigado, y fué cortado de la tierra de los vivientes."

28. ° Pues bien, Virgen inmaculada y Santísima, sea en buena hora que hayas de ser madre sin detrimento

de tu integridad y pureza. Pero ¿sabes cuál ha de ser el hijo del que has consentido ser Madre? ¿Sabes la humillacion y extremada pobreza en que nacerá? ¿Sabes que no bien habrá nacido, cuando tendrás que darle asilo entre tus brazos, y huir con él para librarlo de la persecucion que se levantará en su contra? ¿Sabes la vida oculta y escondida que pasará por muchos años? ¿Sabes las contradicciones y desprecios que habrá de sufrir? ¿Sabes que la confusion y vergüenza cubrirán alguna vez su rostro? ¿Sabes los tormentos cruelísimos que habrá de padecer y la ignominia con que acabará su vida? ¿Sabias esto?...

29. ° Señores, no he andado con acierto al hacer estas preguntas, cuyas respuestas todos las sabéis y yo las sabia tambien. Dice san Pablo que al mismo tiempo en que Jesucristo entró al mundo ó en el primer instante de su Encarnacion, *ingrediens mundum*, se ofreció á su Padre hostia y víctima por nosotros; que conoció y supo, quiso y aceptó cuanto pasó por él durante su vida mortal. *Ecoe venio*, aquí estoy. Estas dos palabras del Verbo encarnado á su Padre le dijeron todo. Pues de una manera semejaute otras dos palabras de Maria dirigidas al Angel, dijeron tambien que ella como Madre pasaria en su corazon todas y cada una de las cosas que pasarian por la persona de su Hijo. *Fiat mihi*. Y así como el hijo habria de ser quebrantado y herido, no por culpas que él cometiera, sino por las que nosotros cometimos: *attritus est propter scelera nostra*, así tambien la Madre conoció, aceptó y quiso cuanto despues sufrió en sus entrañas, por bien y por la salud nuestra, á semejanza de su Hijo, y en el mismo instante en que este aceptó por nosotros los trabajos y muerte: *Fiat mihi*.

30. ° Con estas dos palabras de bendicion cesó el tiempo de miseria que tuvo principio en el paraíso, y comenzaron en Nazaret los días felices de la gracia. Con los afectos que encierran estas palabras se completaron las oraciones de los Santos y se llenaron tambien y cumplieron sus deseos. En vista de la humildad que acompañó á estas palabras, se rindieron los cielos y man-

daron al justo; con estas palabras nos dió María al Redentor prometido, y con ellas tambien se nos dió, por correudentora y Madre: *Fiat mihi.*

31. ° Si vuestro corazon sabe amar, hijos míos; si de alguna manera sabe corresponder, yo os suplico que fijéis vuestra atencion en las palabras santas de María; y sin duda alguna que ellas producirán en vosotros muy crecidos afectos de amor y muy sinceros y dulcísimos sentimientos de gratitud: *Fiat.* ¡oh! mil veces y que así se cumpla.

32. ° Lo mismo y con mayor razon debo decir á vosotras, hijas mías, porque cuanto hé dicho es aplicable á vosotras de un modo particular por vuestro estado, tambien para vosotras hubo primero un tiempo de peligros y hubo despues otro tiempo de salvacion y seguridad. Vuestra alma, durante vuestra permanencia en el siglo ¿de cuántos riesgos no estaba rodeada? Mas en el momento en que os determinasteis á separaros del mundo, cesó aquel primer tiempo que os angustiaba, y comenzó para vosotras una nueva era, un tiempo nuevo y una felicidad que antes no teniais; y lo que pasó por el género humano antes y despues de la venida de Jesucristo, proporcionalmente pasó por vosotras tambien antes y despues de que abrazaseis el estado santo que profesais. Los hombres no se salvarian sin Jesucristo; y vosotras fuera del claustro, no ciertamente, no tendríais la seguridad que en él habreis logrado.

33. ° Yo os suplico, amadas mías, que no os olvideis de los sentimientos que abrigaba vuestro corazon en el tiempo de peligros y riesgos. ¡Ah! cuán humildes y repetidas súplicas no haciais á Jesucristo para que se dignara recibiros por esposas suyas! ¡Cuán sinceros y cuán ardientes eran vuestros deseos! ¿Os acordais de esto? Los cielos y la tierra vieron vuestra alegría el dia que lograsteis esta dicha. En este santo templo resonó la voz de vuestro placer, y yo tambien oí alguna vez vuestro cantar: *Ecce quod concupivi jam video, quod speravi jam teneo.* Hé aquí, deciais al pié de los altares, hé aquí que ya veo

lo que antes anhelé, que poseo ya el bien que esperaba.

34. ° Y por cuanto bien sabiais cual era el esposo que habiais escogido, para ser pobres como él lo dejasteis todo; para padecer como él abrazasteis la mortificacion y el retiro; y para no tener ni propio albedrío, pusisteis en sus benditas manos vuestra voluntad y vuestro corazon.

Fiel es vuestro esposo, amadas mías, y jamás os dejará. Sedle tambien fieles vosotras y jamás lo olvideis. Renovadle tambien una y mil veces vuestro amor y contad con el suyo. Si, contad con el suyo en el tiempo y en la eternidad.—Así sea.